



La invención de la Historia y el culto a la Memoria.

Dr. Walter R. Bonilla Carlo  
Departamento de Humanidades  
Universidad de Puerto Rico en Aguadilla

En general, se puede observar que la cultura intelectual europea mantuvo —hasta la Baja Edad Media— una relación estrecha y equilibrada entre la historia y la memoria.<sup>1</sup> Sin embargo, la invención de la imprenta, en 1450, promovió la circulación de una variedad de textos que transformaron los hábitos de lectura y de escritura de los habitantes del viejo continente.<sup>2</sup> Según Roger Chartier, a partir del siglo XVI, las obras impresas provocaron el florecimiento de nuevas propuestas teóricas sobre la memoria.<sup>3</sup> Por ejemplo, para el historiador Patrick Hutton, el filósofo napolitano Giambattista Vico (1670-1744) logró, a través de sus investigaciones, descifrar la “naturaleza” colectiva de las imágenes mentales derivadas de las antiguas costumbres retóricas, siendo un pionero del historicismo actual.<sup>4</sup>

El arte de la memoria de Vico consistía en una reconstrucción poética de las ideas y de las expresiones del pasado histórico de los grupos humanos.<sup>5</sup> Su obra póstuma, llamada *La Nueva Ciencia*, estableció las bases para una nueva historiografía dedicada a analizar los usos de la memoria, para descifrar los olvidos mentales y los significados del lenguaje oral. Para Hutton: “Vico used his new science of history to restore to us a world that had been lost, but one that we can still understand because it was made by our ancestors with poetic power that continue to move us”.<sup>6</sup> Sin embargo, los pensadores de la Ilustración empezaron a criticar negativamente las características y los métodos mnemónicos que se orientaban todavía por las prácticas cosmológicas de la cultura greco-latina.<sup>7</sup> Además, durante el siglo XVIII, la visión “historicista”



de Vico no encontró muchos seguidores, ya que la difusión de la tecnología escrita contribuyó a la desvaloración de la memoria oral.

Así pues, al mismo tiempo que perdía fuerza el arte vital de la memoria, atacado por “fantasioso y pernicioso”, la sociedad occidental se fue inclinando hacia el novedoso campo de la interpretación histórica.<sup>8</sup> De hecho, Eric Hobsbawm, en su ya clásica introducción a *La invención de la tradición*, señala que, debido a la Revolución Francesa de 1789, los nuevos Estados nacionales y los movimientos revolucionarios construyeron ficticiamente sus propias tradiciones del pasado, conmemorando batallas y honrando héroes y mártires para legitimar ideológicamente el presente.<sup>9</sup> Hobsbawm destaca cómo los distintos grupos urbanos en Inglaterra, Alemania y Francia crearon nuevos rituales y símbolos, como la bandera, el himno y los emblemas, para legitimar y cimentar sus propias experiencias sociales.<sup>10</sup> La historia nacional, reflexiona Benedict Anderson, “adquiere su pertenencia sobre todo en el momento en que los revolucionarios toman control del Estado, y se encuentran por primera vez en posibilidad de usar el poder de éste para realizar sus sueños”.<sup>11</sup>

Por tal motivo, las tradiciones inventadas no se pueden entender fuera del contexto histórico de las sociedades que las están produciendo.<sup>12</sup> Así que la pregunta aquí es forzada: ¿cuáles fueron entonces los cambios que sufrió la relación entre historia/memoria durante el siglo XIX? De acuerdo con el historiador John R. Gillis, después de la guerra de independencia en Estados Unidos y con la caída del “Antiguo Régimen” francés, los revolucionarios de ambos lados del Atlántico establecieron unas fronteras ideológicas entre lo “nuevo y lo viejo”, creándose un exagerado culto a la Era histórica que recién comenzaba.<sup>13</sup> Pero ese “comienzo” de



identidad histórica conllevó la implantación de nuevas prácticas conmemorativas, las cuales causaron algunos problemas que antes no existían.

En efecto, tanto para Gillis como para Anderson, la memoria nacional tendió más a dividir que a unir a las comunidades, ya que las personas fueron “motivadas” a rechazar su propio pasado, ocasionando que los homenajes y los monumentos de la memoria fomentaron la amnesia colectiva.<sup>14</sup> Le Goff explica también que el romanticismo decimonónico acentuó la necesidad de crear un culto a los “muertos” de la revolución, retornando la atracción por los cementerios, que había sido condenado por los pensadores del despotismo ilustrado.<sup>15</sup> Mas, en este caso, lo que estaba en juego eran los espacios que los héroes y los mártires de la nación ocuparían en los calendarios de las celebraciones festivas. Según Le Goff: “la manía de la conmemoración es sobre todo de los conservadores y, aún más, de los nacionalistas, para quienes la memoria es un fin y un instrumento de gobierno”.<sup>16</sup>

De hecho, las sociedades occidentales, influenciadas por el desarrollo urbano industrial y la tecnología, impusieron rápidamente nuevas formas de recordar y de olvidar.<sup>17</sup> Así pues, en pocos años, ante los abundantes objetos y documentos que necesitaban ser guardados, fueron apareciendo los diferentes archivos europeos que custodiarían la memoria colectiva de la nación.<sup>18</sup> “Pero al mismo tiempo que existe esa sobreabundancia de recuerdos físicos, aparece la posibilidad, cada vez más tentadora de manipularlos junto a la aparición de los medios técnicos que hacen posible tal labor”, manifiesta Alonso.<sup>19</sup> Naturalmente, de esa lucha de poder, ahora la historia se apropia de la memoria, poniéndola al servicio de la modernidad y de la ciencia como disciplina académica.<sup>20</sup>



En su magnífica obra *Metahistoria*, Hayden White indica que la cultura intelectual europea del siglo XIX asumió con gran fervor la tarea de comprender *sus* diferentes procesos históricos, aspirando a obtener un conocimiento “realista y verdadero” de los hechos del pasado.<sup>21</sup> Ciertamente, los principales exponentes de las “ciencias históricas”, como Hegel, Ranke y Marx, coincidieron en la necesidad de organizar en sincronía los datos empíricos generados por los distintos grupos sociales, como medio de formalizar y de expresar sus propios métodos de análisis.<sup>22</sup> Según White, “casi todos ellos estaban inspirados en la esperanza de crear un punto de vista sobre el proceso histórico que fuese tan objetivo como aquel desde el cual los científicos observaban la naturaleza, tan realista como aquel desde el cual los estadistas de la época dirigían la fortuna de las naciones”.<sup>23</sup> Por ende, la meta de los historicistas era aprehender el universo poético de las representaciones de la “vida”, procediendo a controlar la conciencia y las estructuras del tiempo.

Sin embargo, lo que parecía su principal arma de defensa, la racionalidad empírica, se convirtió también en un modo de cuestionar todo el conocimiento humano, abriendo la posibilidad de crear otros campos de reflexión dentro del historicismo.<sup>24</sup> En efecto, con la aparición, durante las últimas décadas del siglo XIX, de la sociología, de la etnología y de la psicología, se alteró la relación de poder entre el campo histórico positivista y las nuevas influencias teóricas de las Ciencias Sociales. Ese “triedro de los saberes”, como le denomina Michel Foucault, “forman con certeza un tesoro inextinguible de experiencias y de conceptos, pero sobre todo un perpetuo principio de inquietud, de poner en duda, de crítica y de discusión de aquello que por otra parte pudo parecer ya adquirido”.<sup>25</sup> De tal manera, los mismos pilares del historicismo, como la objetividad y la verdad, se fueron agrietando ante los cambios metodológicos y filosóficos que impusieron los propios investigadores científicos.<sup>26</sup>



De hecho, durante el siglo XIX, uno de los temas que más suscitó interés entre los intelectuales europeos fue el de la memoria. Para el historiador Jeffrey K. Olick, esta renovada atención se debió a las marcadas diferencias conceptuales entre el antiguo arte de la memoria y la nueva ciencia de la memoria.<sup>27</sup> La modernidad decimonónica logró cosificar las técnicas mnemónicas a través de la desaparición de sus propias características de identidad, siendo la memoria objeto de manipulación y de reducción por los mismos historiadores.<sup>28</sup> Por tal motivo, algunos de los pensadores y escritores más importante de la época, como Henri Bergson (1859-1941), Sigmund Freud (1856-1939) y Marcel Proust (1871-1922) se revelaron en contra de las tradiciones historicistas, centrandó sus estudios en la memoria individual y social, para adentrarse en la naturaleza constitutiva y temporal de los recuerdos personales.<sup>29</sup>

Según Le Goff, “Bergson encuentra, en el entrecruzamiento entre la memoria y la percepción, el concepto central de la imagen; [mientras], Freud contribuye a profundizar el conocimiento de la esfera de la memoria y a iluminar, al menos respecto de lo que atañe a la memoria individual, aquella censura de la memoria tan importante en las manifestaciones de la memoria colectiva”.<sup>30</sup> De esta forma, argumenta el historiador Richard Terdiman, la supuesta relación natural entre la memoria y la escritura de la historia fue seriamente cuestionada.<sup>31</sup> Recordar el pasado dejó de ser un ejercicio inocente y objetivo para los intérpretes de las Ciencias Humanas, ya que se empezaron a tomar en consideración los procesos de selección, interpretación y distorsión asumidos por la memoria de los grupos sociales.<sup>32</sup>

---

**Notas:**

<sup>1</sup> Paul Ricoeur, *La memoria, la historia, el olvido*. Madrid, Editorial Trotta, 2003, pp. 90-93.

<sup>2</sup> Roger Chartier, *El juego de las reglas: lecturas*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2000, pp. 113-16.

<sup>3</sup> Chartier, *El juego de las reglas*, pp. 113-16.

<sup>4</sup> Patrick Hutton, *History as an Art of Memory*. Hanover y London, University of New England, 1993, p.



<sup>5</sup> Hutton, *History as an Art of Memory*, p. 34.

<sup>6</sup> Hutton, *History as an Art of Memory*, p. 51.

<sup>7</sup> Para un excelente análisis de las transfiguraciones del arte de la memoria después del Renacimiento, véase: Paolo Rossi, *El pasado, la memoria, el olvido*. Buenos Aires, Ediciones Nueva Visión, 2003, pp. 65-88.

<sup>8</sup> Se impondría la idea de que la construcción del pasado le corresponde a la Historia escrita; mientras la memoria se encarga de recoger los recuerdos orales de la sociedad. Esta concepción académica creó una contraposición que marcó profundamente la relación entre memoria e historia, ya que la primera sólo sirvió de soporte de la segunda, desplazándola de su lugar de autonomía durante la época moderna. Véase: Hayden White, *Metahistoria: la imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1998, pp. 58-59.

<sup>9</sup> Eric Hobsbawm y Terence Ranger (eds.), *La invención de la tradición*. Barcelona, Crítica, 2002, pp. 8-9.

<sup>10</sup> Hobsbawm y Ranger, *La invención de la tradición*, p. 13.

<sup>11</sup> Benedict Anderson, *Comunidades imaginadas: reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México, Fondo de Cultura Económica, 1993, p. 224.

<sup>12</sup> Hobsbawm, *La invención de la tradición*, p. 19.

<sup>13</sup> John R. Gillis (ed.), *Commemorations: The Politics of National Identity*. Princeton, Princeton University Press, 1994, p. 8.

<sup>14</sup> Gillis, *Commemorations*, p. 7; Anderson, *Comunidades imaginadas*, p. 260.

<sup>15</sup> Le Goff, *El orden de la memoria*, p. 168.

<sup>16</sup> Le Goff, *El orden de la memoria*, p. 170.

<sup>17</sup> Gillis, *Commemorations*, p. 7.

<sup>18</sup> Le Goff, *El orden de la memoria*, pp. 170-171.

<sup>19</sup> Alonso, "Del río al fuego de la memoria", p. 6.

<sup>20</sup> Para el tema de la "memoria moderna" véase: David Lowenthal, *The Past Is a Foreign Country*. Cambridge, Cambridge University Press, 1985; Richard Terdiman, *Present Past: Modernity and Memory Crisis*. Ithaca, Cornell University Press, 1993; Matt K. Matsuda, *The Memory of the Modern*. Oxford, Oxford University Press, 1996.

<sup>21</sup> White, *Metahistoria*, p. 55.

<sup>22</sup> White, *Metahistoria*, pp. 56-57.

<sup>23</sup> White, *Metahistoria*, p. 49.

<sup>24</sup> Michel Foucault, *Las palabras y las cosas: una arqueología de las ciencias humanas*. México, Siglo XXI, 1996, pp. 334-35.

<sup>25</sup> Foucault, *Las palabras y las cosas*, p. 362.

<sup>26</sup> White, *Metahistoria*, p. 274. Para un análisis más profundo de este tema, véase: Gérard Noiriel, *Sobre la crisis de la historia*. Madrid, Ediciones Cátedra, 1997.

<sup>27</sup> Jeffrey K. Olick, "Memoria colectiva y diferenciación cronológica: historicidad y ámbito público", en Josefina Cuesta Bustillo (ed.), *Memoria e Historia*. Barcelona, Marcial Pons, 1998, p. 122.

<sup>28</sup> Olick, "Memoria colectiva", p. 123.

<sup>29</sup> Olick, "Memoria colectiva", p. 120. No cabe duda de que los libros de Bergson, *Memoria y vida*, publicado en 1896; *La interpretación de los sueños* de Freud, en 1900, y *En busca del tiempo perdido* de Proust, entre 1913 a 1922, distribuido en siete volúmenes, son referentes indispensables para estudiar el interesante tema de la memoria/historia.

<sup>30</sup> Le Goff, *El orden de la memoria*, pp. 177-78

<sup>31</sup> Terdiman, *Present Past: Modernity and Memory Crisis*, p. 70.

<sup>32</sup> Edmund Blair Bolles, *Remembering and Forgetting: Inquiries into the Nature of Memory*. New York, Walker and Company, 1988, pp. 13-17.